

santa, ni templo preferido y proclamaban que Dios escuchaba á todos los hombres, que todos los lugares eran buenos para adorarle y que se encontraría en espíritu y en verdad en donde quiera que se le implorase. Dada la disolución del politeísmo y la tendencia general de las almas, esta religión cosmopolita era la verdadera religión del imperio y fué la gloria de Constantino haber reconocido esta verdad. La unidad imperial fué desde entónces un reflejo de la unidad divina.

Pero ántes de llegar ahí, el mundo oficial quiso tentar un esfuerzo para hacer desaparecer el cristianismo, olvidando que si incoherente y desorganizado había sobrevivido á Neron, en el grado de integración á que en tiempo de Diocleciano había llegado, era insensato pensar en destruirlo por la fuerza. Parece que Galerio decidió á Diocleciano á decretar la persecución. Los cristianos habían gozado de una paz casi completa hasta entonces, y en la familia del emperador y en las más altas funciones civiles y militares tenían numerosos correligionarios. Los obispos ejercían cada vez mayor influjo en sus diócesis y, como lo observa sagazmente Gibbon, los disturbios y luchas interiores que desgarraban, según Eusebio, el seno de la Iglesia, son la prueba mejor de la actitud benévola del poder político hacia ella.

Por fin Galerio arrancó á Diocleciano un terrible edicto que ordenaba que todo cristiano recalcitrante fuese quemado vivo, sus libros sagrados y sus templos destruidos, sus bienes confiscados, y la violencia de aquel edicto monstruoso llegaba hasta crear una situación inferior para el cristiano ante los tribunales en el curso ordinario de la vida, se decretaba la injusticia para él. Muchos fueron débiles ante esta horrible penalidad, otros pagaron su

firmeza con su vida ó su fortuna. Si la dulzura prudente de Diocleciano hubiera podido influir en la aplicación del edicto, esta dulzura se cambió en odio y en miedo cuando los repetidos incendios del palacio imperial en Nikomedia hicieron suponer que los cristianos querían vengarse. El mundo entero fué ensangrentado, nuevos edictos reforzaron el primero y hasta en una de las provincias en que el afecto de Constantino Chloro por los cristianos hacía esperar que aquella legislación salvaje no fuese aplicada, en España, el cruel Daciano cebó su ferocidad de fanático en los confesores de la nueva fé.

Pero á poco tiempo la persecución como un arma mellada cansó la mano de los verdugos; á pesar de las órdenes brutales de Galerio y de Maximiano solo se siguió cumpliendo la ley por sobresaltos de furor; la Iglesia había sobrevivido á la prueba, merecía triunfar y el triunfo se acercaba rápidamente.

Diocleciano, obligado por los disgustos que le causaba el estado violento que la persecución había introducido en el imperio, por su débil salud y quizá por el deseo de ver funcionar la ingeniosa máquina de gobierno que había inventado, abdicó la púrpura, hizo que su colega Maximiano abdicase el trono en Milan y se retiró á su espléndida casa de Salone, capital de la Dalmacia, en donde al revés de lo que sucedió con Carlos V cuando se retiró al monasterio de Yuste, parece que no volvió á ocuparse activamente de la política. (305). Diocleciano murió ocho años después.

El ascendiente que ejercía Galerio sobre Diocleciano, le hizo creerse árbitro absoluto del imperio. Dejó, al tomar el título de Augusto, que Diocleciano le nombrara el César, que fué su sobrino Daza, llamado después Maximino, un rústico de instintos feroces, y

él nombró el suyo á Constancio que también había ascendido á Augusto. La elección de Galerio se fijó en un hábil oficial, pero hombre de placeres, Severo, que tomó posesión de Italia y Africa.

Quince meses después de haber subido al rango de Augusto el hábil y modesto Constantino Chloro, sucumbió en York, en Bretaña, y sus legiones proclamaron á Constantino, hijo de su primer matrimonio con Helena, convertida después al cristianismo por los cuidados de su hijo, y que la Iglesia colocó en el número de sus santos. Helena había sido repudiada por Constantino, cuando su elevación al trono lo obligó á desposarse con Theodora, hija de la mujer de Maximiano. Constantino, dotado de tan brillantes cualidades militares como su padre y dotado del don de mando, en un grado superior, había logrado escaparse de la corte de Galerio, en donde estaba en rehenes, y recogió en York el legado de su padre y la recomendación de velar por sus hermanos, los hijos de Theodora, recomendación religiosamente cumplida. El feroz Galerio reconoció á Constantino pero solo con el título de César.

Mientras así perdía su esperanza de dominar las Galias, su celo en seguir la obra de Diocleciano reduciendo á la Italia al derecho común, le hacía perder esta provincia. Majencio, el inepto y vicioso hijo de Maximiano que Galerio había relegado al olvido al elegir Césares, tramó una conspiración, se apoderó de Roma, y el Senado y el pueblo lo proclamaron emperador. Inmediatamente salió de su retiro Maximiano, dividió el trono con su hijo y en el acto se puso en campaña contra Sereno, á quien hizo capitular en Ravena condenándolo á muerte poco después.

Los rebeldes intentaron contraer una

estrecha alianza con Constantino, que se casó solemnemente con Fausta, la hija de Maximiano, pero cuando Galerio invadió la Italia, se mantuvo prudentemente en una neutralidad armada, que no rompió ni después del fracaso completo de la expedición de Galerio. Este elevó á su vuelta, á su compañero de armas, Licinio, á la dignidad de César y como Maximino, que gobernaba el Oriente y el Africa manifestara su desagrado, Galerio lo nombró Augusto y hubo en el imperio seis emperadores á la vez.

La primera ruptura del equilibrio vino de Italia: Maximiano y su hijo Majencio, que cada vez se hacía más odioso á los romanos, se disgustaron. Arrojado de Italia por su hijo buscó un refugio en la corte de Constantino, y poco después, aprovechándose de una ausencia de éste, que había ido á combatir á los francos, provocó una rebelión contra su bienhechor quien, después de capturarlo en Marsella, le hizo dar muerte. (308)

Poco después de Maximiano murió Galerio, y los cuatro emperadores restantes quedaron expiándose mutuamente, prontos á destruirse á la primera oportunidad. Majencio fué el primero que provocó la guerra contra Constantino, á quien llamaban sin cesar el pueblo, y el Senado de Roma, cansados de la innoble tiranía del hijo de Maximiano. Constantino, con un ejército reducido pero en quien tenía plena confianza pasó los Alpes por el Mont-Cenis, bajó al Piamonte, tomó á Suza, derrotó á los generales de Majencio cerca de Turin, entró en Milan y después de tomar á Verona y de vencer á Pompeiano, el mejor de los oficiales de su rival, marchó sobre Roma. En ménos de dos meses puso término á la conquista de Italia, venciendo á Majencio en *Saca Rubra* y entrando á la

capital del mundo cuando el indigno tiranuelo hubo perecido en el Tiber. (312)

Constantino permaneció poco tiempo en Roma: despues de algunas arengas banales al Senado y de sujetarlo sistemáticamente al tributo que solia exigirles Majencio y que habia motivado su odio profundo contra este príncipe, el vencedor, en cuyas enseñas, para escándalo de aquella obstinada aristocracia politeista, brillaba la cruz de los esclavos, marchó á Milan en donde celebró una alianza solemne con Licinius; mas las fiestas se interrumpieron porque mientras que Constantino corria á contener una invasion de los bárbaros, Licinius recibia noticia de que Maximino el emperador de Oriente habia penetrado en Bizancio y amenazaba la Thracia. Licinius corrió velozmente á su encuentro con sus ilirios y destrozó completamente á Maximino que murió poco tiempo despues. El imperio no reconocia mas que á dos emperadores; la cuestion se simplificaba. Solo y triste en Salona, vegetaba Diocleciano, intercediendo en vano por su mujer y su hija que de las garras de Maximino habian pasado á las de Licinius que las hizo perecer en infames suplicios, sin que la historia haya podido encontrar datos que expliquen, cuando ménos, esta conducta inhumana.

Durante la permanencia de los dos emperadores en Milan, se promulgó el famoso Edicto que lleva el nombre de esta ciudad y en el que ambos decretan la tolerancia universal en materia religiosa y ordenan que sean devueltos á los cristianos, sin dilacion, sus bienes y sus templos. El Edicto de Milan fué muy poco respetado por Licinio, que solo lo adoptó por deferencia hácia Constantino, y por convencimiento quizá de que al politeísmo desorganizado completamente en aquel mundo heterogéneo, era preciso susti-

tuir una religion perfectamente disciplinada, que se basaba en una fé ardiente é inquebrantable y que profesaba el dogma del origen divino del poder imperial. Constantino, que solo se bautizó poco ántes de morir, á pesar de que conservaba cierta devocion supersticiosa por algunos dioses paganos como Apolo, estaba completamente decidido no solo á igualar al cristianismo con la religion oficial de Roma como lo hizo el Edicto de Milan, sino á darle la preponderancia. Así vió con gusto probablemente que se acreditaran las leyendas relativas á un sueño en que Jesus mismo se le habia aparecido y á la famosa vision de que habló por primera vez Eusebio, el célebre obispo amigo del emperador, despues de la muerte de éste. Esa vision dió origen á la formacion del *labarum* que era un alta pica con un atravesañ del que pendia una tela en donde los retratos del emperador y de sus hijos estaban bordados. En la parte superior del hasta en medio de una corona de oro brillaba el monograma del Cristo y el signo de la Cruz: en una medalla del emperador Constancio, se vé el *labarum* con la conocida inscripcion *in hoc signo vinces*.

Léjos de nosotros la idea de sostener que Constantino haya sentado en el trono á la religion cristiana por un mero cálculo, no. Basta leer los pormenores de su vida, conocer el medio en que fué educado y el espíritu de su tiempo, para comprender que un soldado inteligente, pero que no era un filósofo y que ya estaba admirablemente preparado para ser cristiano, tenia que ceder por completo ante los argumentos que le eran repetidos cuotidianamente por hombres de la talla de Lactancio y de Eusebio. Pero que al través de estos impulsos de su entendimiento, vió y comprendió lo útil de la obra para el

éxito de sus designios de monarquía universal, es otro hecho innegable. Fué pues la empresa de Constantino, hija del cálculo y de la fé, del sentimiento y de la razon, por eso fué tan duradera. La primera lucha entre Constantino y Licinio fué provocada por éste, que tramó un complot con el rico Bassiano á quien Constantino habia hecho César y que estaba impaciente de recibir el mando exclusivo de las provincias que su bienhechor le habia prometido. Bassiano pereció, y Licinio, vencido en dos batallas, tuvo que pedir la paz y que ceder la Grecia y la Pannonia, la Dalmacia, la Dacia y la Macedonia. Un César nombrado por Licinio, Valens, fué sacrificado al odio del vencedor.

Este se ocupó durante ocho años, de legislar y Gibbon tiene como las dos leyes más notables de este tiempo, la que se ocupa de proteger á los padres pobres cargados de familia, y la rigorosísima dada contra los raptos y seductores, que el historiador inglés critica severamente. Tambien hizo una gloriosa expedicion entre los godos que habian invadido el imperio y llevó sus legiones hasta el corazon de la Dacia.

La paz entre Licinio y Constantino era una tregua, y los dos rivales la emplearon en prepararse para la lucha suprema. La guerra estalló en 323. Los formidables ejércitos de Licinio fueron vencidos en Andrinopla, gracias al heroico comportamiento de Constantino y al valor de los soldados inflamados por la vista del *labarum* que flotaba en el centro del combate. Licinio, vencido, se encerró en Bizancio; allí lo sitió Constantino, mientras su animoso hijo Crispo, deshacia la flota enemiga en el Helesponto. Licinio pasó el Asia Menor y reunió un nuevo ejército que fué vencido en Scutari: la matanza fué espantosa. El emperador se arrojó á los piés de Constantino, que lo confi-

nó á Thesalónica en donde recibió la muerte poco despues. Estas victorias habian hecho de Constantino el dueño único del imperio.

DE CONSTANTINO (323) Á AUGUSTULO (476).

*De Constantino á Theodosio.* (323-394).—Ha concluido la historia de Roma y empieza la del bajo imperio. Es esta un epílogo al par que un prólogo, época de transicion en que toman el primer lugar en la escena del mundo los antecesores bárbaros de los pueblos que han de recoger el legado de la civilizacion humana. Nos contentaremos pues con una narracion sumaria de los hechos culminantes de este período, circunscribiéndonos á apreciaciones muy sustanciales. Si nos es permitido continuar el trabajo que hemos emprendido, en la introduccion á la *Historia de la Edad Media* podremos ser más extensos.

Una nueva religion, una nueva constitucion monárquica, hé aquí lo que el triunfo definitivo de Constantino significaba; su fórmula material fué la fundacion de una nueva capital entre los griegos del Oriente, en el centro del mundo antiguo, sobre el Bósforo, en el lugar ocupado por Bizancio. Esta capital, admirablemente situada, tomó el nombre de su fundador *Constantinopla*. El emperador quiso hacer de ella una nueva Roma, llenándola de pomposas construcciones y aglomerando en su vasto recinto muchas de las maravillas del arte griego.

Aquella fué tambien la capital del cristianismo; ya hemos visto que Constantino nunca fué por completo un cristiano y sus complacencias con la vieja fé pagana lo prueban. Pero una inclinacion personal á la religion nueva, la corriente de la opinion que aunque no enteramente cristiana, sí exigia que se dejase en libertad á cada uno para pro-

fesar la religion que quisiese, lo que equivalia á separar la Iglesia del Estado, fidea incompatible con la que se formaban del Estado las sociedades paganas, los servicios eminentes que debia á los cristianos, todo esto obligó á Constantino á acordar al cristianismo tal proteccion oficial que lo puso en aptitud de sobreponerse al politeismo. Así es que aun cuando no podia llamarse la religion dominante en el imperio antes de Constantino, le bastó el esfuerzo del monarca para hacerla llenar rápidamente el lugar que habia dejado vacío el politeismo tiempo hace. Este en adelante no tuvo otro refugio que los centros de alta cultura filosófica como Athenas y Alejandría, algunos grupos de las aristocracias de las ciudades, sobre todo de Roma y considerables fracciones de la poblacion rural. Pero sobre esto como sobre lo demas habia de pasar el sangriento nivel de las invasiones bárbaras, mejor colaborador del cristianismo que Constantino y Theodosio.

Constantino pasó en paz los últimos catorce años de su reinado que en el fondo y en la forma fué una monarquía oriental. Sus costumbres, hijas de su época y de su inmenso poder, fueron feroces; hizo matar á Crispus, su hijo, por envidia, se cree, de sus méritos; su sobrino, el hijo de Licinius, pereció tambien, y Fausta, su esposa fué por su orden ahogada en un baño; pero rescató sus pecados, siguiendo los consejos de los obispos y de los eunucos que lo rodeaban, á fuerza de conceder dones y privilegios á las iglesias. Fué bautizado poco ántes de morir el año de 337.

Sus tres hijos, Constantino, Constancio y Constante, y sus dos sobrinos Dalmatius y Hannibalianus le sucedieron. Constancio hizo perecer á sus primos y los tres hermanos quedaron dueños

absolutos del imperio. Poco tiempo despues Constantino quiso despojar á Constante y sucumbió en la empresa. El fratricida murió al cabo de diez años asesinado en las Galias y Magnentius, su capitan de guardias, fué proclamado emperador. Esto pasaba en 350; tres años despues Constancio venció al asesino de su hermano y todo el imperio quedó bajo su dominio.

La gran cuestion en esta época era la de las querellas religiosas á que todo el mundo se entregaba con furor. Un negocio de eleccion de obispos en Carthago dió origen á la heregia de los donatistas y se encendió con este motivo una lucha que duró tres siglos, convirtiéndose los perseguidos donatistas en monges bandidos en los desiertos y las montañas de Africa; la otra gran heregia fué la de los arrianos. Arrio, un sacerdote de Alejandría negaba la igualdad de Cristo con el Creador y la iglesia ortodoxa rechazó como herética esta doctrina. Constantino convocó para decidir la cuestion el famoso concilio de Nikea, en 325: 300 obispos se pronunciaron por la igualdad del Padre y del Hijo y una lucha frenética empezó. El clero de Roma, el de Alejandría, sostuvieron principalmente la declaracion del Concilio, pero Constantino se inclinó despues á Arrius y con él la mayoría del clero oriental. Los apóstoles del arrianismo convirtieron á su doctrina á lo más granado de la Iglesia, de las autoridades y á todos los invasores bárbaros. Constancio era arriano, protegió decididamente la heregia, pero el gran obispo de Alejandría, Athanasio, hizo frente con inquebrantable firmeza á aquella horrenda borrasca y acabó por asegurar la victoria de la Iglesia.

Constancio era un teólogo, pero no un soldado. Sapor el grande, rey de los persas, invadió repetidas veces el Oriente del imperio, derrotó á Constan-

cio en Singara y á no haber sido por la tenaz resistencia de Nisibis, habria llegado al Asia Menor.

En el Occidente, enteramente agotado, y desprovisto contra las invasiones bárbaras, restablecia la fortuna del imperio á fuerza de valor y génio, Juliano, sobrino del emperador, educado en la adversidad por los sofistas neo-platónicos. Era un filósofo pagano; á tener ménos ambicion y más conciencia de las necesidades de su época habria podido compararse á Marco-Aurelio, los cristianos lo han llamado *Juliano el apóstata*. A pesar de los obstáculos innumerables que sus mismos subalternos crearon al jóven César, logró batir á los alemanes en Strasburgo, penetró tres veces en la Germania y se impuso á los francos, que fueron fieles aliados del imperio. Los celos, y la circunstancia de amenazar Sapor de nuevo en el Oriente, obligaron á Constancio á llamar á las legiones de las Galias. Estas proclamaron emperador á Juliano y marcharon sobre Constantinopla; pero ántes de que llegaran Constancio habia muerto. (361)

Ya hemos dicho lo que era Juliano. Espíritu elevado pero inquieto, enamorado hasta el fanatismo de un ideal retrospectivo, imbuido en la filosofia pagana modificada en sus luchas con el cristianismo y que habia llegado en algunos de sus adeptos á un estado de misticismo que se confundia con la tauturgia y la magia, el sueño de Juliano fué restablecer la religion pagana reformada por él, y convertida en una religion del sol, que se apoyaba en dogmas metafísicos, que se resentian de la influencia cristiana; predicó la tolerancia, pero su ardor contra el cristianismo espoleado por las imprudencias de los galileos (así llamaba á los cristianos), hicieron degenerar su aversion al nazareno en una persecucion que si no fué

ordenada, si fué permitida y estimulada: condenó á los cristianos á cerrar sus escuelas, á no enseñar los clásicos griegos, lo que indignaba justamente á San Gregorio, á reconstruir los templos paganos, cerró la catedral de Antioquia, quiso reedificar el templo de Jerusalem y persiguió á Athanasio.

Escritor (sus *Césares* son una fábula filosófica en que Juliano muestra sus preferencias por Marco-Aurelio) orador elocuente y juez severo, Juliano era tambien un valiente guerrero. Concentró sus esfuerzos en la gran empresa de destruir el poder de los persas. En Marzo de 63 salió de Antioquia, pasó el Eufrates con un brillante ejército, invadió la Mesopotamia, la Asiria, pasó el Tigris y empeñándose en seguir el camino de Alejandro y aconsejado por un traidor incendió su flota y marchó hácia Ecbatana y Susa; cuando reconoció que habia sido víctima de una traicion quiso retroceder, pero su retirada fué desastrosa; gravemente herido en un combate contra los persas que lo atacaban sin cesar, el emperador murió noblemente como habia vivido, el 26 de Junio de 363.

Joviano, oficial hecho emperador por el ejército, compró de Sapor el permiso de hacer una retirada deshonrosa, abandonando á Nisibis, el baluarte del Oriente; ocho meses despues murió Joviano en Galacia y los soldados eligieron á uno de los más bravos de entre ellos, á Valentiniano. Este escogió por colega en el imperio á su hermano Valens á quien dejó el Oriente asignándose él el Occidente.

El imperio, un a vez destruido, por causa de Juliano lo mejor de sus tropas, entraba en un período gravísimo; su estado financiero era desastrozo, las contribuciones absorbían las riquezas de los ciudadanos y los trabajos personales que tenia derecho de exigir el

fisco gratuitamente, obligaban á los propietarios [á abandonar sus tierras; los desiertos y las ruinas iban extendiendo su manto sombrío por todo el imperio. Si á esto se agrega la obligacion impuesta á los que algo tenian de servir las cargas de la ciudad y de responder con sus bienes del impuesto y del contingente de sangre, deberes que obligaban á algunos á refugiarse entre los bárbaros ó á hacerse esclavos, se comprenderá la situacion de aquella máquina inmensa que se resistia ya á funcionar.

Valentiniano defendia las Galias contra los alemanes y los burguñones y uno de sus mejores oficiales, el español Theodosio, venció á los Scots en la isla de Bretaña y á Firmus, hijo del rey moro Nabal, en Africa. Envidioso ó mal informado Valentiniano hizo degollar en Carthago al general triunfante. Su hijo llegó á ser emperador.

Valens, á fuerza de humillaciones se mantenía en paz con Sapor. Los Goths que se extendían á lo largo del Danubio y del Mar Negro y que parecían entrar, con sus nuevas costumbres agrícolas en un período de civilizaci6n, fueron ent6nces atacados por los hunos, raza indomable y destructora que pertenecía á la gran familia turanita ó uralo-altaica y que recorría las etepas entre el Ural y la China. Aquellos feroces é innumerables guerreros, de espíritu y rostro diabólico (eran amarillos, lampiños, con las narices achatadas y los ojos pequeños y redondos) que los antiguos creyeron literalmente vomitados por el infierno, se arrojaron sobre los godos. Estos pidieron amparo y tierras al imperio; Valens y sus consejeros, despues de estorcionarlos implacablemente, los establecieron en la Mesia. Cuando supieron estos godos (eran los visigodos, godos del Este) que se les iba á dispersar en todo el imperio se agruparon en der-

redor de Fridighern, batieron á los romanos, llamaron á los Ostrogoths (godos del Oeste) y unidos á numerosas partidas de fugitivos emprendieron la guerra.

Despues de diez años de lucha, el 9 de Agosto de 378 se libró la gran batalla de Andrinopla, en que fué casi completamente aniquilado el ejército imperial de Oriente: Valens pereció en ella. Tres años antes habia muerto en Hungría su hermano Valentiniano, en uno de sus habituales accesos de furor; le habian sucedido Graciano y Valentiniano sus hijos, pero gracias á la pequeña edad del segundo, el primero asumió todo el poder en Occidente, no pudo socorrer á tiempo á su tío y los bárbaros espoleados por su triunfo y por la espantosa matanza de los jóvenes godos que se encontraban en las ciudades orientales del imperio en rehenes devastaban todas las provincias desde la Dalmacia y el Epiro hasta los muros de Constantinopla, secundados por numerosas bandas de alanos y de hunos, cuyo centro de operaciones estaba en la Dacia. Graciano escogió con un acierto admirable un gefe para el imperio de Oriente, el español Theodosio, hijo del valiente oficial decapitado en Carthago.

A fuerza de diplomacia y de talento Theodosio, que afortunadamente no se sentía amenazado por el lado de la Persia llegó á celebrar una serie de tratados con las bandas góticas, cuya posici6n en el imperio quedó regularizada casi con entera independéncia del emperador. Pero se logró que tornaran á dedicarse á los trabajos campestres mientras lo mas escogido de sus soldados entraba al servicio de Theodosio y los nobles godos empezaron á solicitar y á obtener las mas altas magistraturas en el imperio. Ent6nces un obispo godo Ulfilas, empezó entre sus com-

patriotas su tarea civilizadora. Lo que sucedía á Theodosio con los godos, era idéntico á lo que pasaba á Graciano con los francos. Cuando este joven pareció dar la preferencia á los alanos y las legiones de Bretaña se sublevaron, proclamando á Maximo, los francos lo abandonaron y fué muerto en Leon. (383) Valentiniano II y Theodosio se vieron obligados á reconocer á Maximo.

Por lo que Theodosio ha merecido de los historiadores eclesiásticos el sobrenombre de *Grande* es por la destrucci6n completa del arianismo en Oriente. Apenas se hubo bautizado en 383, cuando publicó un famoso edicto ordenando á todos los pueblos del imperio que dieran su adhesi6n al dogma de la Trinidad tal como lo profesaban los dos luminares de la ortodoxia, Damaso, obispo de Roma, y Pedro, de Alejandria. Los arrianos fueron arrojados por la fuerza de los templos de Constantinopla, cuya sede se devolvió solemnemente á San Gregorio Nacianceno, y de muchos otros que ocupaban en el resto del imperio. La persecuci6n comenzó; en quince años el emperador publicó por lo menos quince edictos contra los herejes, decretando severas penas, mientras el emperador Máximo abría la era de los martirios de los enemigos de la Iglesia, en su persecuci6n contra los priscilianistas. Theodosio prohibió también á los paganos ofrecer sacrificios y frecuentar los templos; este fué el golpe de gracia al politeismo, que desde ent6nces perdió toda organizaci6n oficial y se diseminó en grupos aislados de *paganos* (rústicos) que poco á poco fueron cediendo al torrente de las ideas y á la presi6n del gobierno. Con el politeismo desaparece la Grecia; la invasi6n de Alarico la encontró ya muerta definitivamente, fué un ultraje á un cadáver.

Madre de la fábula divina de la religion antigua, no pudo sobrevivir á su obra encantadora, y noble.

Una insurrecci6n en Occidente del franco Arbogasto y de su protegido Eugenio, á quien revistió de la púrpura, fué la última batalla del politeismo. Theodosio, que ya en 388 habia vencido á Máximo que atacaba á Valentiniano II, volvió con motivo de la intentona de Arbogasto á Italia; necesitaba vengar á Valentiniano que el franco habia hecho asesinar. Cuatro meses despues de haber vencido al usurpador, aquel príncipe devoto que algunos años antes se habia humillado ante San Ambrosio, que le impuso una penitencia pública en Milan, por la matanza horrible de Tesalónica, murió á la edad de cincuenta años (395).

*Desde la muerte de Theodosio hasta la conclusion del imperio de Occidente (395—476)* A Theodosio sucedieron sus dos hijos: Arcadio, á quien tocó el Oriente, y Honorio, á quien tocó el Occidente. Era un adolescente el primero y un niño el segundo. Un hábil jurisconsulto pero ministro indigno, Rufino, dirigió á Arcadio y un vándalo, Stylicon, el mas grande quizá de los grandes hombres bárbaros de aquel siglo, gobernó el Occidente, que no era entonces sino un vasto desierto en que no habia casi soldados, en que la organizaci6n regular establecida por las leyes estaba en suspenso y en donde no se reconocian sino dos autoridades: la de una aristocracia territorial que no estaba revestida de ningun privilegio legal, pero que estaba fuera del alcance de toda ley, y la de una clerecia inquieta y á menudo fanática que disponía de las multitudes (Sismondi), Stylicon empezó su gobierno, inspeccionando las fronteras, conteniendo á los bárbaros, restableciendo la disciplina y cuando Rufino, su viejo enemigo, reclamó las

legiones que tocaban á Arcadio, quiso llevarlas él mismo, pero no pudiendo vengarse personalmente, encargó de su venganza á las legiones que al mando del godo Gainas, llegaron á Constantinopla y sacrificaron á Rufino en presencia del emperador aterrado.

El año de 396 los visigodos acaudillados por Alarik, ofendido por un desaire de Arcadio, marcharon sobre Constantinopla, y luego, volviendo sobre la Grecia, penetraron en ella devastándolo todo. Stylicon marchó en auxilio del Oriente y hubiera quizá vencido á los bárbaros con su hábil estrategia, si Arcadio no le hubiese ordenado la retirada, celebrando la paz con el destructor de la Grecia y dándole un alto empleo en el ejército.

Alarik aprovechó esta circunstancia para armar y disciplinar mejor á los visigodos y en 402 penetró en la Italia. Stylicon, con un ejército reclutado casi en su totalidad entre los bárbaros también, venció á Alarik en Pallentia primero, en Verona despues, y lo obligó á evacuar la Italia. Honorio, que se creía autor de esas victorias, no pensó más que en buscar una ciudad en donde estar á cubierto de los ataques de los bárbaros, y desde entonces se encerró en Ravenna.

Entretanto los hunos avanzaban por el valle del Danubio, y las naciones teutónicas huían de ellos cruzándose y atropellándose en todas direcciones. En este inmenso movimiento se pronunciaron dos grandes corrientes: una provocada por los alanos, se dirige arrastrando á los vándalos y á los suevos hacia el alto Danubio, llega al Rhin, pasa por sobre los franks y los alamans, atraviesa la Galia y cae como una tromba de muerte sobre la Aquitania y los Pirineos; en España se divide la invasion, los vándalos y los suevos se establecen en la Galicia, y en la

Bética y en la Lusitania los alanos. Poco despues los vándalos pasaron al Africa que sometieron en parte; su capital fué Carthago, centro de sus terribles escursiones piráticas. Por la brecha abierta por esta invasion otros bárbaros se precipitaron; los burgondes se apoderaron de Helvecia, los alamans de la primera Germania y los franks transrenanos fueron á aumentar la tribu de los franks sálicos en el bajo Escalda. La segunda corriente se dirigió á Italia por los Alpes ilíricos; la formaba una multitud confusa de hombres, mujeres y niños que pertenecian á todas las razas y hablaban todas las lenguas bárbaras, acaudillada por el godo Radegast, sacerdote y rey. Este se dirigió á Roma al través de los Apeninos y de la Etruria. Stylicon, sorprendido, tuvo apenas tiempo para reunir algunas legiones en Pavia, y alcanzó á Radegast cerca de Florencia, en donde lo batió y capturó.

Mientras el diluvio bárbaro se desplomaba desde el Rhin al Africa, Stylicon deprecia en Raveaan, víctima de miserables intrigas de palacio y de la cobarde ingratitud de Honorio (408). La reaccion contra los bárbaros á quienes tantas consideraciones habia guardado Stylicon para salvar el imperio, fué tal despues de la muerte de este gran general, que Honorio ordenó el asesinato de todas las mujeres y niños bárbaros que estaban en rehenes en Italia; los bárbaros respondieron á este acto horrible con la segunda invasion de Alarik. Este caudillo salvó los Alpes, saqueó todas las ciudades que cayeron en su poder, y pasando como un torrente devastador al pié de los muros de Ravenna, en donde Honorio temblaba de miedo, llegó á Roma, dos veces libró á la ciudad eterna de un asalto como si temiese profanarla y habiendo tocado á su colmo las provocaciones de Honorio, juguete de sus

favoritos, Alarik exigió que el senado nombrara un emperador. Attalus revisió la púrpura, pero el godo lo depuso y ofreció la paz á Honorio; éste la rechazó y Alarik tomó á Roma el 24 de Agosto de 410. El saqueo y los desórdenes fueron espantosos; el incendio devoró una gran parte de la ciudad, pero las iglesias, algunos edificios y las vidas de muchos fueron respetadas por orden del bárbaro. Poco despues, Alarik murió en el Sur de la Italia.

El saqueo de la ciudad santa produjo una impresion inmensa en el mundo y á pesar de que veian en eso el cumplimiento de los decretos de Dios contra la Nueva Babilonia, no fueron los cristianos los que lamentaron ménos la ruina de la ciudad eterna. Honorio espantado, concedió á los godos la posesion de la Aquitania y de la Narbonesa, y á su jefe Ataulfo, la mano de su hermana Placidia.

Mientras el imperio de Honorio se desagregaba en parte, (la Gran Bretaña) y en parte era ocupado por los visigodos, burguñones y franks, con el título de soldados del imperio, Arcadio en Constantinopla era gobernado por el rapaz ennuco Eutropio, y despues por su mujer Eudoxia, la enemiga de S. Juan Crisóstomo. Arcadio murió en 408 dejando un hijo en la infancia, Theodosio II: Honorio murió en 423 y su heredero, otro niño, fué su sobrino Valentiniano III. El imperio quedó en manos de mujeres. Una hija de Theodosio el grande, Placidia, la viuda de Ataulfo, gobernó por su hijo Valentiniano, tenido en segundas nupcias el Occidente, y el Oriente fué gobernado por la piadosa Pulqueria, hija mayor de Arcadio. Placidia tuvo por principales agentes, á dos hombres célebres, Aetius y el conde Bonifacio. Este último, encargado del gobierno de Africa, en donde contrajo grande

amistad con el obispo de Hippona (San Agustin) empujado por una innoble intriga de Aecio entregó aquella tranquila provincia de donde Roma y la Italia sacaban tanto á los vándalos. Arrepentido de su traicion quiso oponerse á las hordas bárbaras, pero estas se apoderaron de las ciudades en que se habia refugiado, destruyéndolo todo sistemáticamente á su paso desde el templo hasta el árbol. Genserico, hombre de notables cualidades escogió á Cartago para su capital; desde entonces el Africa quedó perdida para la civilizacion.

Muerto el conde Bonifacio en un combate con Aecio, este hábil general se encontró solo para hacer frente á la invasion mas espantosa de que hay memoria. Attila, rey de los hunos, quiso fundar frente al imperio romano un verdadero imperio de la barbárie y supo extender su dominacion desde las estepas de la Tartaria, cuna de los hunos, hasta las orillas del Rhin. Todos los pueblos bárbaros que no habian inmigrado reconocieron su soberania, y el astuto mongol se llamó *rey de reyes*; era un rey de la muerte, gustaba del épiteto de *azote de Dios* que le daban los cristianos. Sus hordas refractarias á toda civilizacion todo lo destruian y en las comarcas en que acampaban solo se veian ruinas; algunas chozas indicaban el lugar de las ciudades y el bosque ó el yermo invadian los campos cultivados antes.

Attila se lanzó primero sobre el Oriente obteniendo del cobarde Theodosio cuya capital amenazó de cerca, las más humillantes y vergonzosas concesiones. Cuando se hubo cansado de humillar al monarca de Constantinopla, decidió invadir la Galia. Aecio á fuerza de habilidad logró atraer á los visigodos á sus banderas, hizo levantar á los hunos el sitio de Orleans y les libró en los campos catalaunicos (Chalons) una

gran batalla. Atila, vencido, repasó el Rhin sin ser molestado, mas temible vencido que triunfante. (451) En la campaña del año siguiente Atila invadió la Italia; el terror obligó á una parte de la poblacion de los valles inferiores del Pó, del Adige, del Brenta, y del Tagliamento á refugiarse en los islotes medio sumergidos que se encontraban en las desembocaduras de estos rios en el Adriático y en aquellos islotes se formó lentamente una ciudad que se llamó Venecia. Toda la Lombardia actual cayó en poder de Atila que avanzó como una avalancha hácia el corazon de la Italia.

¿Qué lo detuvo al ir á apoderarse de Roma? el mismo sentimiento de supersticioso respeto que contuvo tantas veces á A'arik? La presencia y la dulzura del papa Leon contribuyeron no poco á que Atila aceptara la paz que Valentiniano le ofrecia y las hordas tártaras evacuaron la Italia. Poco despues el azote de Dios murió en Dacia en una noche de vino y de lascivia. Su imperio dividido fué reconquistado por los Gépidos y los Ostrogodos; los hijos de Atila lucharon sin embargo algun tiempo hasta que los *avaros* y otras hordas venidas de la Siberia hicieron desaparecer las últimas tribus de hunos. Los magyares en Hungría son su postrer vestigio.

El año de 450 habia muerto Theodosio II dejando el trono á Pulqueria que tomó por esposo al prudente y virtuoso Marciano. Cinco años despues Valentiniano III que habia ya dado muerte con sus propias manos á Aecio, fué asesinado por orden de un marido ultrajado, Máximo, que tomó la púrpura. La viuda de Valentiniano, llamó á Italia á Genserik, que con sus piratas se precipitó sobre Roma, dejando que los vándalos dieran rienda suelta á su crueldad y á su rapacidad inaudita.

Máximo pereció y la emperatriz y su

hija, causas de aquella calamidad, fueron llevadas cautivas á Carthago. En medio de aquella incontenible disolucion, un suevo, Ricimer, era el verdadero emperador haciendo y deshaciendo augustos, pero sin atreverse á vestir la púrpura. Los soldados bárbaros al servicio de Roma, con el nombre de confederados eran los verdaderos árbitros del imperio. A Máximo sucedió Avitus, que fué depuesto. Subió al trono Mayoriano que por sus talentos y sus virtudes hubiera sido un gran emperador en otro tiempo. Quiso recuperar el Africa, pero fracasó su expedicion apénas en germen y él murió poco despues de haber abdicado á consecuencia de una sedicion (461) Mientras Ricimer gobernaba por medio de Severo, hechura suya, las Galias y la España iban separando definitivamente del imperio y pasando al poder de los bárbaros. El mundo romano dividido volvía en Occidente á los límites de Italia, gobernada en el interior por los federados bárbaros y recorrida en todas direcciones por los piratas de Genserik.

Entre tanto en Oriente, el patricio Aspar, jefe hereditario de los ejércitos hacia tambien un emperador en Constantinopla, á la muerte de Marciano y este emperador era un doméstico suyo, Leon; pero el protegido se volvió pronto contra el protector, cuyo poder quedó destruido de un golpe. Leon, á ruegos del orgulloso Ricimer, agobiado ya por la lucha con los piratas, dió un emperador al Occidente, Anthemius. Este hombre piadoso y humano, tuvo que ser espectador impotente del incontenible desmembramiento del imperio, que habia tomado creces desde el fracaso completo de la gran expedicion mandada por Leon contra los vándalos. Hasta la Italia se habia dividido ya, porque Ricimer se habia formado una especie

de reino aparte en la Liguria. Cansado de Anthemius el Señor suevo, hizo una alianza con Genserik, arrancó el cetro al emperador enviado por Leon y lo dió á Olybrius, despues de entregar de nuevo á Roma á todos los furros de las hordas bárbaras. Esta fué la última hazaña de Ricimer, que murió pocos dias despues.

A la muerte de Olybrius, Gundobald, sobrino de Ricimer, revistió con la púrpura á Glycerius, soldado suyo. Pero de Constantinopla enviaron otro emperador, Julius Nepos, que obligó á Glycerius á cambiar la diadema por la mitra de Salona. Julius Nepos, que cedió á los bárbaros el último giron de las Galias, fué arrojado del trono por Orestes, antiguo secretario de Atila que al cabo de cierto tiempo coronó en Ravenna, á su hijo Rómulo, bello adolescente conocido en la historia con el nombre de Augustulo. Un oficial rugio que llegó á la cúspide de la fortuna de la noche á la mañana, Odoacro, hijo de Edecon, compañero de Orestes en el servicio de Atila, lanzó á Augustulo de

Ravenna y lo confinó en los jardines de Salustio, en las pendientes del cabo Myseno. Odoacro hizo que el Senado enviase las insignias imperiales á Constantinopla, diciendo que ya no se necesitaba un emperador de Occidente y él se llamó patricio de Italia, mientras sus soldados bárbaros le daban el título de Rey. (476)

Efectivamente el imperio de Occidente habia muerto. Los doce cuervos que Rómulo habia visto cernerse sobre el Palatino significaban que el imperio de Roma duraría doce siglos. Estos habian trascurrido ya. Solo quedaba en pie un ala de aquel edificio inmenso: el imperio griego de Oriente, que habia de llegar hasta la aurora de la edad moderna. Esta fué una fortuna, porque á pesar de todos los vicios que se achacan al *bajo imperio*, no hay que olvidar que supo defender largo tiempo el legado de la civilizacion y que cuando no pudo defenderlo lo transmitió al Occidente, suscitando ese período capital en la historia del progreso humano que llamamos el *Renacimiento*.

FIN

